

Historia 6—Días de Conflicto

Los maestros judíos imponían muchas reglas al pueblo y les exigían hacer muchas cosas que Dios no había mandado. Hasta los niños tenían que aprender y obedecer esas reglas. Pero Jesús no trató de aprender lo que enseñaban los rabinos. Tenía cuidado de no hablar con irreverencia de esos maestros, pero estudiaba las Escrituras y obedecía las leyes de Dios.

A menudo era reprendido por no hacer lo que los demás hacían. Entonces Él mostraba por la Biblia cuál era el camino correcto.

Jesús siempre procuraba hacer felices a los demás. Porque era tan bondadoso y manso, los rabinos esperaban inducirlo a hacer como ellos. Pero no podían. Cuando lo instaban a obedecer sus reglas, Él preguntaba qué enseñaba la Biblia. Lo que esta dijera, eso haría.

Esto enojaba a los rabinos. Sabían que sus reglas eran contrarias a la Biblia, y aun así estaban disgustados con Jesús porque se negaba a obedecerlas.

Se quejaron de Él ante sus padres. José y María pensaban que los rabinos eran hombres buenos, y Jesús sufrió culpas que eran difíciles de soportar.

Los hermanos de Jesús se pusieron del lado de los rabinos. Las palabras de esos maestros, decían, debían ser acatadas como la palabra de Dios. Reprendían a Jesús por ponerse por encima de los líderes del pueblo.

Los rabinos se creían mejores que los demás hombres y no querían asociarse con la gente común. Despreciaban a los pobres e ignorantes. Hasta dejaban a los enfermos y sufrientes sin esperanza ni consuelo.

Jesús mostraba un interés amoroso en todos los hombres. A todo sufriente que encontraba, procuraba ayudar. Tenía poco dinero para dar, pero a menudo se privaba de la comida para ayudar a otros.

Cuando sus hermanos hablaban con dureza a los pobres y miserables, Jesús iba a esos mismos y les hablaba palabras de bondad y aliento.

A los que tenían hambre y sed, les traía una taza de agua fría y a menudo les daba la comida destinada para su propia comida.

Todo esto disgustaba a sus hermanos. Lo amenazaban y procuraban atemorizarlo, pero Él seguía adelante, haciendo como Dios había dicho.

Muchas fueron las pruebas y tentaciones que Jesús tuvo que enfrentar. Satanás estaba siempre vigilando para vencerlo.

Si Jesús hubiera podido ser inducido a hacer un solo acto malo, o a hablar una sola palabra impaciente, no habría podido ser nuestro Salvador, y todo el mundo se habría perdido. Satanás sabía esto, y fue por esta razón que se esforzó tanto por inducir a Jesús al pecado.

El Salvador estaba siempre guardado por ángeles celestiales, pero su vida fue una larga lucha contra los poderes de las tinieblas. Ninguno de nosotros tendrá que enfrentar jamás tentaciones tan feroces como las que Él enfrentó.

Pero a cada tentación tenía una sola respuesta: «Escrito está». La maldad de sus hermanos no la reprendía a menudo, pero les decía lo que Dios había dicho.

Nazaret era una ciudad malvada, y los niños y jóvenes procuraban que Jesús siguiera sus malos caminos. Él era alegre y animado, y a ellos les gustaba su compañía.

Pero sus piadosos principios despertaban su enojo. A menudo, por negarse a participar en algún acto prohibido, era llamado cobarde. Muchas veces se burlaban de Él por ser demasiado escrupuloso en cosas pequeñas. A todo esto su respuesta era: «Escrito está». «El temor del Señor es la sabiduría; y el apartarse del mal es entendimiento» (Job 28:28). Amar el mal es amar la muerte, porque «la paga del pecado es muerte» (Romanos 6:23).

Jesús no contendía por sus derechos. Cuando era tratado con rudeza, lo soportaba con paciencia. Por ser tan sumiso y sin quejas, su trabajo a menudo se hacía innecesariamente difícil. Sin embargo, no se desanimaba, porque sabía que Dios le sonreía.

Sus horas más felices las encontraba a solas con la naturaleza y con Dios. Cuando su trabajo terminaba, amaba ir a los campos, meditar en los verdes valles, orar a Dios en la ladera de la montaña, o entre los árboles del bosque.

Escuchaba a la alondra cantando música a su Creador, y su voz se unía al canto de gozosa alabanza y acción de gracias.

Con voz cantarina daba la bienvenida a la luz de la mañana. El amanecer a menudo lo encontraba en algún lugar tranquilo, pensando en Dios, estudiando la Biblia, o en oración.

De esas horas pacíficas volvía a su hogar para retomar sus deberes y dar ejemplo de trabajo paciente. Dondequiera que estuviera, su presencia parecía

acercar a los ángeles. La influencia de su vida pura y santa se sentía en todas las clases de personas.

Inocente y sin mancha, caminaba entre los descuidados, los groseros, los incorteses; entre los injustos recaudadores de impuestos, los pródigos imprudentes, los samaritanos injustos, los soldados paganos y los campesinos rudos.

Decía una palabra de simpatía aquí, y una palabra allí, cuando veía a hombres cansados, obligados a llevar pesadas cargas. Compartía sus cargas y les repetía las lecciones que había aprendido de la naturaleza, del amor, la bondad y la misericordia de Dios.

Les enseñaba a verse a sí mismos como poseedores de talentos preciosos que, si se usaban correctamente, les ganarían riquezas eternas. Con su propio ejemplo enseñó que cada momento de tiempo es valioso y debe ser aprovechado para algún buen uso.

No pasaba por alto a ningún ser humano como indigno, sino que procuraba animar a los más rudos y menos prometedores. Les decía que Dios los amaba como a sus hijos, y que podían llegar a ser semejantes a Él en carácter.

Así, de manera callada, Jesús desde su misma niñez trabajó por los demás. Esta obra ningún maestro erudito, ni siquiera sus propios hermanos, pudo hacer que abandonara. Con un propósito serio llevó a cabo el designio de su vida, porque Él había de ser la luz del mundo.